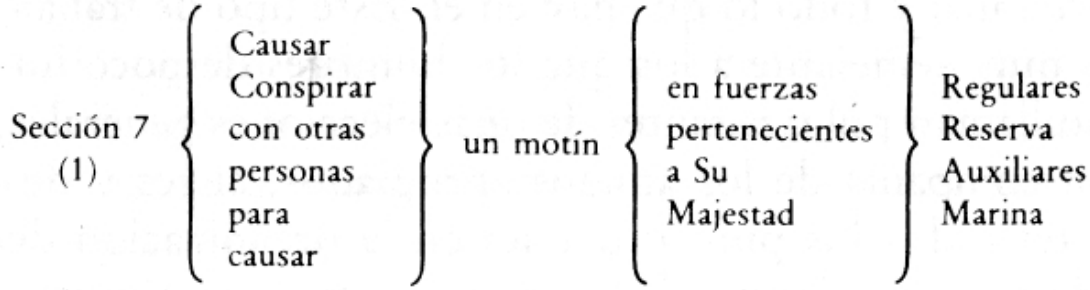
EL MOTÍN DE LOS REBELDES

RUDYARD KIPLING



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com



CUANDO tres oscuros caballeros se ponían a discutir en San Francisco, sin datos suficientes, condenaban a una criatura hermana a una muerte de lo más desagradable en un país lejano, sin la más mínima conexión con los Estados Unidos. Se reunían en el último piso de una casa de vecindad en la calle Tehama, un barrio dudoso de la ciudad, y allí, tras pedir bebidas, conspiraban porque eran conspiradores de oficio, oficialmente conocidos como la Triple Tercera de la I. A. A, una institución para la propagación de la luz verdadera, que no debe ser confundida con ningún otro organismo, aunque está afiliada a muchos. La Triple Segunda tenía su sede en Montreal, y trabajaba allí con los pobres; la Triple Tercera, con sede en Nueva York, no lejos de Castle Garden, escribe regularmente, una vez a la semana, a una casita pequeña, cerca de uno de los grandes hoteles de Boulogne. Los sucesos posteriores son demasiado conocidos por una sección concreta de Scotland Yard, que se ríe de ellos. Un conspirador detesta el ridículo. Hay más hombres apuñalados a lo Lucrecia Borgia, y arrojados al Támesis por tomarse a broma los Gentros de Inteligencia y los Triángulos, que por traicionar secretos: así es la naturaleza humana.

La Triple Tercera conspiraba, entre cócteles de whisky y hojas de papel en blanco, contra el Imperio Británico y todo lo que hay en él. Este tipo de trabajo es muy semejante a los que los hombres de poco juicio llaman política, antes de unas elecciones generales. En compañía de los amigos apropiados, eliges y discutes todos los puntos débiles en la organización del adversario, e inconscientemente te detienes a examinar *y* exagerar todas *y* cada una de sus desgracias, hasta que parece un verdadero milagro que el odiado partido pueda mantenerse unido una hora más.

-Nuestro principio no radica tanto en las manifestaciones activas (eso se lo dejamos a otros) como en sembrar la confusión pasiva, para debilitar e inquietar -dijo el primer hombre-. Siempre que consigamos paralizar una organización, o sembrar la confusión en cualquier sección de cualquier departamento, habremos preparado el terreno para aquellos que van a continuar nuestro trabajo. Nosotros no somos sino los precursores.

Era un alemán lleno de entusiasmo, editor de un periódico, de cuyos editoriales hacía citas constantes.

-Ese Imperio maldito comete tantos errores por sí mismo que, a no ser que dobláramos la media de un año, no creo que se les ocurriera que había sucedido algo especial -dijo el segundo hombre-. ¿Acaso no estáis dispuestos a confirmar que todos nuestros recursos equivalen a hacer explotar la boca

de un arma de cien toneladas o a encallar un barco de diez mil en un escollo visible y a plena luz del día? Ya veis que nos pueden ganar en su propio juego. Será mejor que nos unamos con las secciones prácticas y activas. Ahora tenemos reservas de dinero. Intentemos darles un buen susto directamente, en una calle abarrotada de gente. Tienen un gran aprecio por sus pieles grasientas.

El segundo interlocutor era el freno en la rueda, un irlandés americanizado de segunda generación, que despreciaba a su raza y odiaba a la otra. Había aprendido a ser precavido.

El tercer hombre se bebió su cóctel sin decir palabra. Era el estratega, pero desafortunadamente, su conocimiento de la vida era limitado. Se sacó una carta del bolsillo superior de la chaqueta y la arrojó encima de la mesa. Aquella epístola a los infieles contenía unas directrices muy precisas de la Triple Primera de Nueva York.

Decía:

«La subida del hierro negro ha afectado ya a los mercados orientales, donde nuestros agentes han forzado a la baja las acciones de los ingleses, entre los pequeños compradores que observan la marcha de los valores. Cualquier operación inmediata, como bajistas occidentales, aumentará su disposición a vender. Esto, sin embargo, no puede esperarse hasta que vean con claridad que los dueños extranjeros del hierro están dispuestos a colaborar. Se debería enviar a Mulcahy a observar el pulso del mercado para actuar en consecuencia. Los Mavericks son, por el momento, los mejores para nuestros propósitos. P. D. Q.»

Como mensaje referido a una crisis del hierro en Pennsylvania, era interesante, aunque no lúcido. Como nueva orientación en el ataque organizado a la dependencia inglesa en tierras remotas, era más que interesante.

El segundo hombre lo leyó de principio a fin y murmuró:

-¿Ya? Eso es que tienen mucha prisa. Todo lo que ese Dhulip Singh ha podido hacer en India ya ha sido hecho, hasta la distribución de sus fotografías entre los campesinos. ¡Ja! ¡Ja! La compañía de París arregló todo eso, y no tiene dinero suficiente que le apoye de la Otra Potencia. Hasta nuestros agentes de India saben que no lo tiene. ¿Para qué va a gastar nuestra organización a sus hombres en un trabajo que ya está hecho? Desde luego que los regimientos irlandeses de India están ya medio amotinados en el momento presente.

Esto muestra qué cerca puede estar una mentira de la verdad. Un regimiento irlandés, mientras está estacionado, es en general muy difícil de controlar, por su temeridad y rudeza. Sin embargo, cuando se le mueve en la dirección del fuego de artillería, se vuelve extraña y antipatrióticamente satisfecho con su suerte. Incluso se les ha oído lanzar vivas a la Reina con entusiasmo, en esas ocasiones.

Pero la idea de intrigar en el ejército era, desde el punto de vista de Tehama Street, una idea de total acierto. No hay sombra de estabilidad en la política de un Gobierno inglés y los juramentos más sagrados de Inglaterra encontrarían, aun cuando estuvieran en pergamino, muy pocos compradores entre las colonias y posesiones que han sufrido de creencias vanas. Pero siempre le queda a Inglaterra su ejército. Eso no puede cambiar excepto en cuestiones de uniforme y equipo. Los oficiales pueden escribir a los

periódicos pidiendo las cabezas del Ministerio de Defensa, a falta de desagravios totales para sus ofensas; los hombres pueden desmelenarse en una ciudad de provincias y asustar seriamente a los dueños de bares y tabernas; pero ni los oficiales ni los hombres llevan en su naturaleza amotinarse a la manera continental. Los ingleses, cuando se molestan en pensar en el ejército, si es que lo hacen, están, y con justicia, seguros por completo de que merece toda su confianza. Imaginad sus emociones al darse cuenta de que tal o cual regimiento estaba en rebelión abierta por causas directamente imputables a la administración inglesa de Irlanda. Es probable que mandasen al regimiento a votar en el acto y examinaran sus conciencias en cuanto a su deber con Erin; pero ya nunca estarían tranquilos. Y esta desconfianza vaga y desgraciada era la que la I. A. A. se esforzaba en conseguir.

-Una absoluta pérdida de energía -dijo el segundo hombre después de una pausa en el consejo-. No veo la utilidad de intrigar en ese ejército estúpido, pero se ha intentado con anterioridad y debemos intentarlo de nuevo. Se le ve bien en los informes. Si enviamos un hombre desde aquí, podéis estar seguros de que van también otros hombres. Manda llamar a Mulcahy.

Y le mandaron llamar... un joven delgado, esbelto, de pelo negro, devorado por ese odio contra Inglaterra, ciego y rencoroso, que sólo alcanza su completa plenitud al otro lado del Atlántico. Lo había mamado del pecho de su madre en una diminuta casucha situada detrás de las avenidas del norte de Nueva York; le habían enseñado lo que es bueno y lo que es malo, en alemán v en irlandés, en los paseos de los canales de Chicago; y San Francisco albergaba hombres que le contaron cosas extrañas y horribles del gran poder ciego al otro lado de los mares. En una ocasión en que el trabajo le llevó a cruzar el Atlántico, había servido en un regimiento inglés, y siendo de natural insubordinado, había sufrido enormemente. Todas sus ideas acerca de Inglaterra no alimentadas por los grabados patrióticos más baratos procedían de su contacto con un coronel de puños de hierro y un alférez inflexible. Iría hasta las minas, de ser necesario, para predicar su evangelio. Y allí se fue como decían sus instrucciones *p. d. q.* -que significa «a toda velocidad»-, para introducir la confusión en un regimiento irlandés «que ya estaba amotinado a medias y acuartelado entre campesinos sijs, que llevaban retratos de Su Alteza Dhulip Singh, marajá del Punjab junto a su corazón, y que esperaban con ansiedad su llegada». Sus amos le hicieron partícipe de otras informaciones, igualmente válidas. Tenía que ser cauto, pero jamás debía escatimar gastos para ganarse el corazón de los hombres del regimiento. Su madre, desde Nueva York, le suministraría dinero, y tenía que escribirle una vez al mes. Es agradable la vida para un hombre con una madre en Nueva York que le manda doscientas libras al año, que se suman al salario del regimiento.

A su debido tiempo, gracias a su profundo conocimiento de la instrucción y de la artillería, el excelente Mulcahy, con los galones de cabo, marchó en un navío de guerra y se unió a los Leales Mosqueteros Reales de Su Majestad, comúnmente llamados «Rebeldes», porque no reconocían amo ni señor, y eran un ganado sin marcar: hijos de pequeños granjeros del condado de Clare, vagabundos descalzos de Kerry, pastores de Ballyvegan,

moonlighters[1] *muy* buscados de los yermos promontorios barridos por la lluvia en la costa sur, mandados por oficiales con nombres como O'More, Brady, Hill, Kilrea y semejantes. Nunca hubo, según las apariencias, mejor material con el que trabajar. Los de la Triple Primera habían escogido bien su regimiento. No temía a nada que se moviera o que hablara, excepto al coronel y al capellán católico del regimiento, el grueso padre Dennis, que guardaba las llaves del cielo *y* del infierno, *y* que vociferaba como un toro airado cuando quería ser convincente. También le querían porque en ocasiones de peligro solía levantarse la sotana y cargar con el resto del regimiento, en lo mejor de la pelea, donde siempre descubría, el bueno del capellán, que los santos le mandaban un revólver para proteger a un soldado caído, o bien -aunque esto le llegaba como un pensamiento posterior- para cuidar de su propia cabeza gris.

Con cautela, como le habían instruido, con ternura y con mucha cerveza, Mulcahy participó sus proyectos a aquellos que le parecieron más receptivos. Y eran, todos ellos, de aquella raza, original, retorcida, dulce, profundamente irresponsable y profundamente simpática, que lucha como una fiera, discute como un niño, razona como una mujer, obedece como un hombre, y hace chanzas como sus propios duendes, a través de la rebelión, la lealtad, la necesidad, la adversidad o la guerra. El trabajo clandestino de una conspiración es siempre aburrido y muy semejante en todo el mundo. Al cabo de seis meses -dado que la semilla había caído siempre en tierra propicia. Mulcahy hablaba casi explícitamente, haciendo alusiones oscuras, dentro de la forma apropiada, a poderes temibles tras de sí, y aconsejándoles nada menos que el motín. «¿Es que no les trataban como perros? ¿No tenían sus propias venganzas personales y nacionales que satisfacer? ¿Quién, en estos tiempos, iba a hacer nada contra novecientos hombres en rebelión? ¿Quién, de nuevo, podía detenerles si se lanzaban hacia el mar, llevándose en su camino a otros regimientos que no tenían otro deseo que unirse a ellos? Y luego...», *y* aquí seguían promesas vacías de oro *y* ascensos, puestos y honores, siempre muy apreciados por un cierto tipo de irlandés.

Al acabar su discurso, en el crepúsculo de un atardecer, ante sus conspiradores escogidos, se oyó el chasquido de un cinturón disparado con rapidez a sus espaldas. El brazo de un tal Dan Grady salió volando en la penumbra y detuvo algo. Y entonces dijo Dan:

-Mulcahy, eres un gran hombre y honras a quienquiera que sea que te haya enviado. Date un paseo mientras lo pensamos.

Mulcahy se fue loco de alegría. Sabía que sus palabras calarían hondo.

-¿Y por qué d... no me dejaste darle un golpe con el cinturón? -gruñó una voz.

-Porque no soy un idiota de cabeza de chorlito. Chicos, eso es lo que lleva buscando en estos últimos seis meses... nuestro cabo superior, con su educación y con sus ejemplares de los periódicos irlandeses y su cerveza interminable. Le han enviado a propósito, y de ahí es de donde le viene todo su dinero. ¿Es que no lo veis? Ese hombre es una mina de oro, a la que Horse Egan habría destruido con la hebilla de un cinturón. No entrar en su

[1] Pandilleros que, en el siglo XIX, intimidaban a los propietarios de tierras irlandesas no integrados en la *Land League. (N. de la T.)*

planes mezquinos sería derrochar los regalos de la Providencia. Desde luego, estaremos dispuestos a amotinarnos hasta que se acabe el dinero. Pegarle un tiro al coronel en el campo de instrucción, masacrar a los oficiales de la compañía, saquear el arsenal y luego... Chicos, ¿os dijo lo que vendrá después? Me lo dijo *a mí* la otra noche cuando empezaba a hablar como un loco. ¡Luego nos vamos a unir a los negros y a pedir ayuda a Dhulip Singh y a los rusos!

-Y estropear la mejor campaña que ha habido nunca a este lado del infierno. Danny, hubiera perdido la cerveza por darle la paliza que se merecía.

-¡Oh, déjalo que siga así y se lo crea, hombre! No tiene ningún... carácter constructivo, pero debes entender que ese es el meollo de su plan y tienes que entender que yo estoy metido en él y vosotros también. Necesitaremos océanos de cerveza para convencernos... firmamentos llenos. Le daremos conversación a cambio de su dinero, y uno a uno todos los chicos se nos unirán y tendrá un nido de novecientos amotinados sobre el que sentarse y a los que dar de beber.

-Lo que me saca de quicio es que quiere que hagamos lo que hicieron los negros hace treinta años. Eso y su descaro al decir que se nos unirán otros regimientos -dijo un hombre de Kerry.

-Eso no está tan mal como sugerir que tenemos que disparar contra el coronel.

-¡Que le zurzan al coronel! Preferiría no tener que atravesarle el casco de un tiro y verle saltar agarrado a la cabeza de su caballo. Pero Mulcahy habla de tirarles accidentalmente a los oficiales de nuestra compañía.

-Eso dijo, ¿no? -dijo Horse Egan.

-Algo parecido, en cualquier caso. Imaginaos al viejo Barber Brady con una bala en los pulmones, tosiendo como un mono enfermo y diciendo: «Chicos, no me importa que os emborrachéi, pero debéi sabé bebé como hombres. El hombre que me ha disparao está borracho. Suspenderé las investigaciones durante seis horas, mientras me sacan la bala, y luego...».

-Y luego -continuó Horse Egan, porque las peculiaridades de habla y de comportamiento del áspero comandante eran tan conocidas como su cara bronceada- y entonces, vosotros, disolutos, hez medio asada y llena de viruelas de Connemara, si encuentro a un hombre que parezca confundido, por Dios que hago un juicio sumarísimo a toda la compañía. ¡Un hombre que no puede sobreponerse al alcohol después de seis horas no merece pertenecer a los Rebeldes!

Una risotada general testimonió la verdad del relato.

-Es bonito pensar en ello -dijo el hombre de Kerry, despacio-. Mulcahy quiere que hagamos todas las maldades, y salir él con bien, de algún modo. No se tomaría tantas molestias para destrozar la reputación del regimiento...!

-¡La reputación del cerdo de tu abuela! -dijo Dan.

-Bueno, *y* también *él* tiene una buena reputación; así que está bien. Mulcahy debe tener el camino bien claro tras de sí, o no habría venido tan lejos, hablando de los poderes de la oscuridad.

-¿Habéis oído algo de un juicio sumarísimo del regimiento de los Black Boneens, en estos días? Media compañía cogió a uno de los recién reclutados y le colgaron de los brazos con la cuerda de una tienda, de una galería del tercer piso. No dieron explicaciones, pero el hombre estaba medio

muerto. Empiezo a creer que los Boneens son cortos de vista. Era un amigo de Mulcahy o un hombre metido en el mismo asunto. Hubiera sido mucho mejor que hubieran bebido su cerveza -contestó Dan reflexivamente.

-Hubiera sido aún mejor que se lo entregaran al coronel -dijo Horse Egan- a menos que... pero con toda seguridad la noticia hubiera llegado a todo el país, y le hubiera dado mala fama al regimiento.

-Y no hubiera habido recompensa por ese hombre... no hacía sino seguir hablando -dijo el hombre de Kerry con ingenuidad.

-Hablas como lo que eres -dijo Dan riéndose-. No ha nacido todavía el hombre de Kerry que no venda a su hermano por una pipa de tabaco o por una palmada en la espalda de un policía.

-Gracias a Dios que no soy un maldito hombre de Orange -fue la respuesta.

-No, nunca lo serás -dijo Dan-. En Ulster se crían *hombres.* ¿Te gustaría probar cómo sabe uno?

El hombre de Kerry pensaba en hacer algo y lo deseaba, pero se contuvo. Tenía demasiadas probabilidades de perder.

-Entonces no le darías a Mulcahy ni siquiera un... un golpe por su dinero -dijo la voz de Horse Egan, que consideraba lo que él llamaba «problemas» de cualquier tipo como el pináculo de la felicidad.

Dan no contestó nada, pero de puntillas y a grandes zancadas entró en el cuarto de la guardia seguido de los hombres. La habitación estaba vacía. En una esquina, encerrados como el paraguas de ceremonias del rey de Dahomey, estaban los colores del regimiento. Dan los cogió tiernamente y extendió a la luz de las velas la hoja de servicios de los Rebeldes, hecha jirones, gastada y destrozada. El satén blanco estaba oscurecido por todas partes con grandes manchas marrones, los hilos de oro del arpa coronada estaban raídos *y* descoloridos *y* el Toro Rojo, el tótem de los Rebeldes, tenía unos tonos color café. Los pliegues bordados y tiesos, cuyo precio es la vida humana, crujieron al abrirse con lentitud. Los Rebeldes guardan sus colores durante mucho tiempo y los custodian como algo sagrado.

-Vitoria, Salamanca, Toulouse, Waterloo, Moodkee, Ferozshah y Sobraon, ésta se libró muy cerca de aquí, contra los mismos pordioseros con los que quiere que nos unamos. ¡Inkermann, Alma, Sebastopol! ¿Qué son esas pequeñeces comparadas con las campañas del general Mulcahy? El motín, pensadlo bien; el motín *y* unos asuntillos sucios en Afganistán; *y* frente a esto, y eso y aquello -y Dan señalaba los nombres de las gloriosas batallas- ese yanqui de *raya* en medio viene y habla como quien dice: «echa un trago...». ¡Por Moisés, ahí viene el capitán!

Pero era el sargento quien llegaba justo cuando los hombres salían con estrépito, y encontró los colores fuera de su sitio.

Desde aquel día data el motín de los Rebeldes, para contento de Mulcahy y orgullo de su madre en Nueva York, la buena señora que enviaba el dinero para la cerveza. Nunca, si hemos de dar crédito a las malas lenguas, se vio semejante motín. Los conspiradores, dirigidos por Dan Grady y Horse Egan, llegaban a raudales diariamente. Eran hombres razonables, hombres en quienes confiar, y todos ellos querían sangre; pero antes tenían que tener *cerveza.* Maldecían de la Reina, lloraban por Irlanda, proponían saqueos espantosos del campo indio, y después, ¡ay! ... algunos de los más jóvenes iban y se revolcaban en el suelo entre espasmos de risa maliciosa. El genio irlandés para la conspiración es extraordinario. Con todo

y con ello, no hacían otros juramentos que los inventados por ellos, los cuales eran extraños y curiosos, y siempre trataban de impresionar a Mulcahy con los peligros que corrían. Naturalmente, la cerveza trajo consigo la desmoralización. Pero Mulcahy confundió las causas de los hechos, y cuando un Rebelde muy borracho golpeó con violencia a un sargento en la nariz, o cuando llamó a su oficial vejiga vieja, calva *y* grasienta, *y* cosas todavía peores, se imaginó que era la rebelión y no el licor lo que estaba debajo de esos estallidos. Otros caballeros que se han visto envueltos en conspiraciones de más largo alcance han cometido el mismo error.

La estación del calor, en la que, afirmaban, no hay hombre que pueda rebelarse, llegó a su fin, y Mulcahy sugirió un retorno visible a sus enseñanzas. En cuanto al resultado real del motín, no le importaba en absoluto. Sería suficiente que los ingleses, encaprichados en fiarse de la integridad de su ejército, se vieran sorprendidos con la noticia de un regimiento irlandés rebelándose por consideraciones políticas. Sus persistentes exigencias habrían terminado, a instigación de Dan, con una paliza dada por el regimiento, que, con toda probabilidad, le habría matado y habría terminado con el suministro de cerveza, si no hubiera sido enviado en misión especial a unas cincuenta millas del acuartelamiento, para hacer antesala en un fuerte de adobe y para desmontar unas piezas de artillería anticuadas. En ese momento, el coronel de los Rebeldes, leyendo su periódico con diligencia y oliendo desde lejos problemas en la frontera, mandó un correo al cuartel general del ejército, pidiendo al comandante en jefe ciertos privilegios que serían concedidos bajo ciertas circunstancias, las cuales circunstancias se produjeron sólo una semana más tarde, cuando comenzó la pequeña batalla anual en la frontera, y el coronel volvió a dar la buena noticia a los Rebeldes. Tenía la promesa de su jefe de servicio activo y los hombres debían prepararse.

La noche de ese mismo día, Mulcahy, un cabo no muy estimado -y sin embargo, muy bueno para la conspiración- volvió al acuartelamiento y oyó desde lejos ruidos de peleas y aullidos. El motín había comenzado y los barracones de los Rebeldes eran un encalado pandemonio. Un soldado que atravesaba a toda prisa el patio del cuartel le susurró al oído: «¡Servicio!, ¡servicio activo!, es una lástima». ¡Qué alegría, los Rebeldes se habían alzado en vísperas de un combate! No servirían -nobles y leales hijos de Irlanda-, ya no servirían más a la Reina. La noticia se extendería como el rayo por todo el país y llegaría hasta Inglaterra, y él, Mulcahy, en quien había confiado la Triple, había provocado el estallido. El soldado estaba en medio del patio y maldecía, por sus dioses, al coronel, al regimiento, a los oficiales y al médico, particularmente al médico. Un ordenanza del regimiento de caballería indígena montaba con estrépito entre la multitud de soldados. Lo levantaron a medias y a medias lo arrancaron del caballo y le pegaron en la espalda unos buenos manotazos, hasta que se le llenaron los ojos de lágrimas y le aplicaron todo tipo de nombres cariñosos. Sí, los Rebeldes habían fraternizado con las tropas indígenas. ¿Quién era entonces el agente que, entre los nativos, a ciegas, había trabajado con Mulcahy y tan bien?

Un oficial se escabulló, casi corrió, desde el cuarto de oficiales hasta el barracón. Fue acosado por la enfurecida soldadesca que se cerró en torno a su persona pero sin matarle, porque luchó por encontrar refugio, volando para salvar su vida. Mulcahy casi se pone a llorar de pura alegría y agradecimiento. Incluso los prisioneros en sus calabozos aullaban como

bestias salvajes y de cada dormitorio de tropa salían truenos como los de un gran tambor de guerra.

Mulcahy se apresuró a alcanzar su barracón. Apenas oía su voz al hablar. Ochenta hombres golpeaban con puños *y* talones las mesas *y* caballetes, ochenta hombres, arrebatados de motín, en mangas de camisa, con sus mochilas medio preparadas para la marcha hacia el mar, atronaban las placas de madera de dos pulgadas mientras cantaban al son de una canción que Mulcahy conocía muy bien, la Canción de Guerra Sagrada de los Rebeldes:

Oíd, mis muchachos,
en el norte ruge el viento,
delante resuenan
los cascos de los cosacos,
detrás, capas grises.
¡Ruge la frontera hirviendo,
rugen las aguas del Oxo!

Y a continuación, rota una mesa por el acompañamiento furioso:

¡Hurra! Al norte por el oeste vamos.
¡Hurra! Es la ocasión que esperamos tanto.
De Umballa hasta Moscú que oigan nuestro coro,
mientras en pos del Kremlin avanzamos.

-Madre de todos los santos del cielo y de todos los demonios del infierno, ¿dónde están mis calcetines nuevos, los que no tienen talón? aullaba Horse Egan, registrando a fondo todos los equipajes menos el suyo.

Estaba ocupado en subsanar las deficiencias de su equipo previas a una campaña, y en ese trabajo roba mejor el que roba el último.

-Ah, Mulcahy, llegas a tiempo -gritó-. Ya tenemos la orden de marcha y nos vamos el martes de merienda con los lanceros de al lado.

Un enfermero apareció con un enorme cesto lleno de rollos de vendas, suministrados gracias a la previsión de la Reina para aquellos que pudieran necesitarlos más adelante. Horse Egan desenrolló sus vendas y las estiró bajo la nariz de Mulcahy, canturreando:

La piel de carnero,
la cera de abejas,
resina y truenos,
además del yeso,
si quieres quitarlos,
mucho más se pegan.
Yendo a Nueva Orleans...

-Ya conoces el resto, mi querido judío irlandés americano. Por Dios que vas a tener que luchar por la Reina antes de quince días, mi pequeño.

Una risotada les interrumpió. Mulcahy observó con mirada perdida la habitación. Pide a un niño que desafíe a su padre cuando el carro de la

farsa está a la puerta; o a una joven que exprese gusto propio cuando su madre está dando los últimos retoques al traje de su primer baile; pero no pidas a un regimiento irlandés que se embarque en un motín la víspera de una campaña; cuando ya ha fraternizado con el regimiento nativo que le va a acompañar, y cuando ha hecho que sus oficiales se vean obligados a retirarse ante las diez mil preguntas vociferantes, y cuando los prisioneros bailan de alegría y los enfermos salen al aire libre, conjurando todas las enfermedades conocidas sobre la cabeza del doctor que ha certificado que son «inútiles para el servicio activo». Por la noche los Rebeldes podían ser confundidos con amotinados por alguien tan poco conocedor de su manera de ser como Mulcahy. Al amanecer, una escuela de señoritas hubiera podido aprender buenos modales de ellos. Sabían que su coronel había cerrado la mano, y que quien rompiera aquella disciplina de hierro no iría al frente: nada en el mundo persuadirá a uno de nuestros soldados, cuando se le ha enviado al norte para el más nimio de los asuntos, de que no va inmediatamente a matar cosacos con toda gloria y a poner a hervir sus marmitas en el palacio del Zar. Unos cuantos hombres, de los más jóvenes, lloraban la cerveza de Mulcahy, porque se iba a conducir la campaña bajo estrictos principios de sobriedad, pero como decían Dan y Horse Egan con austeridad:

-Tenemos al hombre de la cerveza con nosotros. Ahora beberá por iniciativa propia.

Mulcahy no había tomado en cuenta la posibilidad de que le enviaran al servicio activo. Había decidido que no iría bajo ninguna circunstancia, pero el destino estaba en su contra.

-¿Enfermo? ¿Tú? -dijo el doctor, que había hecho el aprendizaje profano de su oficio en los asilos de pobres de Tralee-. Lo único que tienes es añoranza, y lo que tú llamas venas varicosas es el resultado de comer demasiado. Un poco de ejercicio suave las curará.

Y después:

-Mulcahy, hombre, todo el mundo tiene derecho a solicitar *un* certificado de enfermedad. Si lo intenta dos veces le ponemos un nombre muy feo. Vuelve a tu deber, y no hablemos más de tus enfermedades.

Me avergüenza confesar que Horse Egan disfrutó con el estudio del alma de Mulcahy en aquellos días, y que Dan demostró idéntico interés. Juntos le comunicaban a su cabo todo el oscuro saber tradicional acerca de la muerte: la parcela de aquellos que han visto morir a los hombres. Egan tenía una experiencia más amplia, pero Dan, una imaginación más brillante. Mulcahy temblaba cuando el primero hablaba del cuchillo como de un amigo íntimo, o cuando el segundo se detenía con encantadora minuciosidad en el destino de aquellos que, heridos y desvalidos, habían pasado desapercibidos a las ambulancias y habían caído en las manos del mujerío afgano.

Mulcahy sabía que, de momento al menos, el motín era algo muerto; hacía tiempo que un cambio se había operado en la actitud normalmente respetuosa de Dan hacia él, y sabía que la risa de Horse Egan así como la frecuente mención de conspiraciones abortadas acentuaban todo aquello que el conspirador había adivinado. Sin embargo, la horrible fascinación de las historias de muerte le hacía buscar la sociedad de esos hombres. Aprendió mucho más de lo que hubiera podido desear; y de esa forma. Era la última noche antes que el regimiento tomara el tren para el frente. Los

cuarteles habían sido desprovistos de todo bien móvil, y los hombres estaban demasiado excitados para dormir. Las paredes desnudas despedían un fuerte olor hospitalario de cloruro de cal.

-Y -dijo Mulcahy en un susurro aterrado, después de hablar un rato sobre el tema eterno-, ¿qué es lo que vais a hacer conmigo, Dan?

Podía haber sido el lenguaje de un conspirador capaz tratando de captar a un espíritu más débil.

-Ya lo verás -dijo Dan, sombrío, dándose la vuelta en su camastro-; o mejor debería decir que no lo verás.

Este no era, precisamente, el lenguaje de un espíritu débil. Mulcahy tembló bajo las sábanas.

-Sé amable con él -interrumpió Egan desde el camastro de al lado-. Tiene la oportunidad de lavar su honor. Escucha Mulcahy, todo lo que pedimos es que por el honor del regimiento aceptes morir de pie, como un hombre. Habrá montones y montones de enemigos, miles de montones. Carga contra ellos, haz lo que puedas *y* muere con decencia. *Allí* morirás con un buen nombre. No es tan difícil, si te lo piensas.

Y Mulcahy volvió a temblar.

-¿Y qué mejor puede desear un hombre que morir luchando? -añadió Dan para consolarle.

-¿Y si no quiero? -dijo el cabo en un susurro seco.

-Habrá mucho humo -replicó Dan, incorporándose y contado las posibilidades con los dedos- con toda seguridad, y el ruido de los disparos será tremendo, y correremos de aquí para allá todos nosotros, el regimiento entero. Pero *nosotros,* quiero decir Horse *y* yo, nos quedaremos contigo, Mulcahy, *y* no te dejaremos marchar. Tal vez haya un accidente.

-Eso es jugarme una mala pasada. Dejad que me marche. Por piedad, dejadme en paz. Nunca os hice ningún daño y... y os pagué toda la cerveza que pude. ¡No seáis demasiado duros conmigo, Dan! Tú también estás... estabas en esto. ¿No me matarás allá arriba, eh?

-No estoy pensando en la traición ahora, aunque deberías alegrarte de haber bebido con unos chicos honrados. Es por el regimiento. No podemos permitir que tu deshonor nos deshonre a nosotros. Fuiste a ver al doctor a escondidas como un gato enfermo para poder quedarte atrás viviendo con las mujeres en retaguardia, ...¡y mientras, pretendías que corriéramos hasta el mar, como una jauría de lobos, como los rebeldes que ninguno de los de tu sangre negra se atreve a ser! Pero *nosotros* sabíamos de tu visita al doctor, porque él mismo lo contó a la hora del rancho y lo sabe todo el regimiento. Siendo, como somos, tus mejores amigos, no hemos dejado que nadie se metiera contigo *todavía.* Nosotros nos ocuparemos de ti. Lucha contra quien quieras, contra nosotros o contra el enemigo, pero nunca volverás a dormir en ese camastro, *y* te advierto que hay más gloria *y* quizá menos golpes en la lucha contra el enemigo. ¡Esa es la verdad!

-Y nos dijo específicamente que fuéramos a unirnos a los negros... te has olvidado de eso, Dan -dijo Horse Egan para justificar la sentencia.

-¿Qué sentido tiene atormentar al hombre? Con una vez ya es suficiente. Que duermas bien, Mulcahy. Pero lo has entendido, ¿no?

Durante algunas semanas Mulcahy entendió bastante poco de todo lo que ocurría, salvo que, a su lado, en el campamento, o durante la revista, había dos hombres robustos que con voces suaves le instaban a cometer *harikari* no fuera a ser que ocurriese algo peor: morir por el honor del

regimiento, decentemente, entre los cuchillos más próximos. Pero a Mulcahy le aterraba la muerte. Recordaba algunas cosas que los curas habían dicho en su niñez, y a su madre -no a la de Nueva York-, que se despertaba sobresaltada gritando plegarias por el alma atormentada de un marido. Está bien poseer una inteligencia cultivada, pero en tiempos difíciles la débil mente humana recurre de nuevo al credo que mamó en el pecho materno y, si ese credo no es agradable, hay problemas. Asimismo, la muerte a la que tendría que enfrentarse sería físicamente dolorosa. Muchos conspiradores tienen gran imaginación. Mulcahy se veía, mientras intentaba dormir sobre el suelo durante la noche, muriendo por distintas causas. Todas eran horribles; la madre de Nueva York estaba muy lejos y el regimiento, la maquinaria que, una vez que caes en su engranaje, te lleva adelante quieras que no, ¡se acercaba día a día al enemigo!

Los llevaron al campo de MarzunKatai y, con la ayuda de los Black Boneen, libraron un combate del que nunca informaron los periódicos. Como respuesta -creían muchos- a las fervientes plegarias del padre Dennis, el enemigo no sólo decidió luchar a campo abierto sino que presentó un combate hermoso, como supieron más tarde muchas madres irlandesas llorosas. Reunieron sus fuerzas tras parapetos o bien se movieron como el relámpago a campo abierto en masas vociferantes, y fueron valientes como el que más con la artillería. Era conveniente mantener una gran reserva de hombres y esperar el momento psicológico que estaba preparando la metralla. Por lo tanto, los Rebeldes esperaban tumbados en orden abierto en la cornisa de una montaña para observar el juego hasta que llegara su turno. El padre Dennis, cuyo deber estaba en la retaguardia para aliviar los problemas de los heridos, con toda naturalidad había conseguido abrirse camino hasta sus muchachos más adelantados, y yacía como una marsopa negra tumbado cuan largo era en la hierba. Hasta él reptó Mulcahy, ceniciento de miedo, pidiendo la absolución.

-Espera hasta que te alcance un tirodijo el padre Dennis con dulzura-. Cada cosa a su tiempo.

Dan Grady se rió entre dientes mientras soplaba por quincuagésima vez la recámara de su rifle impoluto. Mulcahy gimió y escondió la cabeza entre los brazos hasta que una bala perdida habló como una agachadiza rozándole la cabeza y un movimiento y temblor generalizado rizó la línea. Se sucedieron otros disparos y unos pocos surtieron efecto, como testimoniaban algún gemido o gruñido. Los oficiales que habían estado tumbados junto a sus hombres se levantaron *y* empezaron a caminar firmemente arriba *y* abajo, delante de sus respectivas compañías.

Esta maniobra, que se ejecuta no para su publicación sino como garantía de buena fe, a fin de tranquilizar a los hombres, exige valor. No debes apresurarte, no debes parecer nervioso, aunque sepas que eres un blanco perfecto para cualquier rifle dentro de un gran radio, y sobre todo, si te alcanzan, debes hacer el menor ruido posible y dejarte caer rodando hasta el interior de tus líneas. A esta hora, cuando la brisa trae el primer soplo salado de la pólvora hasta unas narices de puntas bastante frías, y cuando la vista puede darse perfecta cuenta de la aparición de cada una de las bajas rojas, la tensión nerviosa es más intensa. Los regimientos escoceses pueden aguantar medio día sin que disminuya ni un ápice de su entusiasmo al final; los regimientos ingleses a veces se enfurruñan bajo el castigo, mientras que los irlandeses, como los franceses, tienen tendencia a

avanzar hacia delante en grupos de a dos, lo cual es tan malo como retirarse corriendo. El comandante en jefe verdaderamente sabio, de tropas que están bajo una gran presión nerviosa, les permite, en los lapsos de espera, que escuchen el sonido de sus propias voces, elevadas en una canción. Hay una leyenda de un regimiento inglés que permaneció junto a sus armas bajo el fuego enemigo cantando *Sam Hall* ante el horror de su nuevo y piadoso coronel. Los Black Boneens, que estaban sufriendo más que los Rebeldes, en una colina a media milla de distancia, empezaron a explicar a todos los que quisieran escucharles que:

Cantaremos jubileo
desde el centro hasta el mar,
y libre Irlanda será,
nos dice el Shanvan Vogh.

-Cantad, chicos -dijo el padre Dennis dulcemente-. Parece como si nos preocuparan esos guisantes afganos.

Dan Grady se puso de rodillas y abrió la boca en una canción que le había enseñado, así como a sus camaradas, y en estricto secreto, Mulcahy, aquel Mulcahy que ahora yacía sin fuerzas y casi desmayado en la hierba, con el temor gélido de la muerte sobre él.

Compañía tras compañía se fueron uniendo a las palabras que, según dice el I. A. A. iban a constituir el heraldo del levantamiento general de Erin, y cuya mera repetición en un susurro significa, excepto para aquellos destinados a oírla, la muerte. Debido a lo cual consignamos aquí sus palabras:

En los cielos el sajón sube a la balanza justa,
igual que el de Baltasar, su destino será muerte,
y la mano vengadora nunca ha de vacilar
hasta que sombras se hagan su fe, su raza y su lengua.

Eran versos que llenaban el corazón y corrían como un torbellino; la I. A. A. está mejor servida por sus plumas que por sus petardos. Dan le daba palmadas en la espalda a Mulcahy con regocijo y le pedía que se uniera al coro. Los oficiales volvieron a tumbarse.

Ya no hacía falta que caminasen. Los hombres se estaban tranquilizando estruendosamente, así:

Santa María en el cielo escribió este juramento:
¡No habrá paz en la tierra hasta que la herética sangre,
la del niño de pecho y la que conduce el arado,
al océano llegue, cual una riada del Shannon.

-Ya hablaré contigo cuando pase todo esto -dijo el padre Dennis, autoritario a la oreja de Dan-. ¿Qué sentido tiene que te confieses conmigo

cuando haces esta locura? Dan, ¡has estado jugando con fuego! Te pondré más penitencia en una semana que...

-Véngase al purgatorio con nosotros, querido padre. Los Boneens se han puesto en movimiento; ¡ya nos dejan marchar!

El regimiento se alzó al sonido de la corneta como un solo hombre; pero hubo un hombre que se levantó más rápido que los otros porque tenía media pulgada de bayoneta clavada en la parte carnosa de su pantorrilla.

-Tienes que hacerlo -dijo Dan, inflexible-, hazlo decentemente en cualquier caso -y el rugido del avance ahogó sus palabras, porque las compañías de atrás empujaban a las primeras, cantando todavía mientras se apresuraban colina abajo:

¡La del niño de pecho y la que conduce el arado,
al océano llegue, cual una riada del Shannon!

Deberían habérselo cantado a Inglaterra a la cara, y no a los afganos, a los que les impresionaba tanto como el grito salvaje de los irlandeses.

-Bajaron cantando -decía el informe extraoficial, que corrió de pueblo en pueblo al día siguiente-. Siguieron cantando y estaba escrito que nuestros hombres no podrían aguantar su avance. Se cree que había magia en la citada canción.

Dan y Horse Egan se mantuvieron cerca de Mulcahy. Por dos veces el hombre quiso escapar en medio de la confusión. Y por dos veces lo arrastraron, patearon y llevaron a hombros de nuevo al infierno indescriptible de una carga fieramente repelida.

Al final, el pánico excesivo de su miedo le condujo a una locura que estaba más allá de todo valor humano. Sus ojos miraban a la nada, llevaba la boca abierta y babeando espuma, respiraba como si estuviera dándose un baño frío y seguía andando demente, mientras Dan avanzaba con esfuerzo tras él. La carga se detuvo ante una gran pared de adobe. Fue Mulcahy quien trepó con uñas *y* dientes *y* arrojó a las bayonetas al estupefacto afgano que le impedía el paso. Fue Mulcahy quien corrió en línea recta como un perro rabioso, se puso a la cabeza de un grupo de almas ardientes en una batería recién descubierta y se arrojó a la boca de un cañón mientras sus camaradas bailaban entre los artilleros. Fue Mulcahy quien se precipitó sin freno desde aquella batería hasta campo abierto, donde el enemigo se retiraba en grupos tétricos. Llevaba las manos vacías, había perdido el casco y el cinturón y sangraba por una herida en el cuello. Dan *y* Horse Egan, jadeando *y* afligidos, se habían tirado al suelo junto a los cañones capturados cuando se dieron cuenta de la carga de Mulcahy.

-¡Está loco! Loco de miedo -dijo Horse Egan críticamente-: va directo a la muerte, y no *sirve* de nada gritar.

-Que se vaya. ¡Mira ahora! Si le tiramos a lo mejor le damos.

El más rezagado de un tropel de afganos se volvió al oír el ruido de pies calzados tras de sí, y preparó el puñal. Aquella, advirtió, no era ocasión para hacer prisioneros. Mulcahy siguió avanzando, entre sollozos; la hoja del cuchillo entró directamente en la vaina del pecho indefenso y el cuerpo se inclinó hacia delante casi antes que un tiro de fusil de Dan hiciera caer al asesino y acelerara todavía más la retirada afgana. Los dos

hombres se fueron a recuperar sus muertos.

-Aprendió la lección y tuvo una muerte fácil -dijo Horse Egan, examinando el cadáver-. Pero ¿le hubieras pegado un tiro, Danny, si hubiera vivido?

-No vivió, así que no se sabe. Pero lo dudo, por lo bien que nos lo hizo pasar; por no hablar de la cerveza. Cógelo por las piernas y lo transportaremos. Quizá sea mejor así.

Llevaron el pobre cuerpo sin vida al regimiento, tendido sobre sus rifles, con la boca abierta, y hubo una disimulada risa general cuando uno de los alféreces jóvenes dijo: «¡Era un buen hombre!».

-Vaya -dijo Horse Egan cuando los enterradores se llevaron la carga-. Estoy tremendamente seco, y esto me recuerda que ya no habrá cerveza nunca más.

-¿Y por qué no? -dijo Dan con brillo en los ojos mientras se estiraba para descansar-. ¿No estamos conspirando todo lo que podemos?; y, mientras conspiramos, ¿no tenemos derecho a bebida gratis? Seguro que su anciana madre en Nueva York no va a dejar

que los camaradas de su hijo perezcan de sed... si es que podemos llegar hasta ella con una carta.

-Eres un genio -dijo Horse Egan-. Desde luego que no lo permitirá. Me gustaría que esta guerra cruel hubiera terminado para poder volver a la cantina. A fe mía que el comandante en jefe debería ser colgado con su propio talabarte por hacernos trabajar con agua.

Los Rebeldes compartían en general la opinión de Horse Egan. Por tanto, se apresuraron a hacer su trabajo cuanto antes y su laboriosidad tuvo el premio de una paz inesperada.

-Podemos luchar con los hijos de Adán -decían los miembros de las tribus-, pero no podemos luchar contra los hijos de Eblis, y este regimiento nunca se queda quieto en el mismo lugar. Volvamos a casa, por lo tanto.

Y así lo hicieron, y el regimiento en cuestión se retiró a conspirar bajo la dirección de Dan Grady.

Excelente como subordinado, Dan sin embargo tenía sus fallos como comandante en jefe, posiblemente porque se dejaba influir demasiado por los consejos del único hombre del regimiento que podía producir más de dos tipos de letra. El mismo correo que llevó a la madre de Mulcahy en Nueva York una carta del coronel, diciéndole lo valientemente que había peleado su hijo por la Reina, y cómo hubiera sido, con toda seguridad, propuesto para la Cruz de Victoria si hubiera sobrevivido, llevaba una comunicación firmada, lamento decirlo, por el mismo coronel y todos los oficiales del regimiento, explicando su voluntad de llevar a cabo «cualquier cosa contraria al reglamento y cualquier tipo de revolución» si se les pudiera mandar un poco de dinero para cubrir gastos imprevistos. Daniel Grady, caballero, recibiría los fondos en representación de Mulcahy, que «se encontraba enfermo a la hora de escribir esto».

Ambas cartas fueron enviadas desde Nueva York a la calle Tehama de San Francisco, con comentarios al margen tan breves como amargos. La Triple Tercera las leyó y se miraron unos a otros. Entonces el segundo conspirador -el que creía en «unirse con las secciones prácticas»- empezó a reírse y cuando recuperó su compostura dijo:

-Caballeros, considero que esto puede ser una lección para nosotros. Nos han abandonado una vez más. Esos malditos irlandeses nos han

traicionado. Yo sabía que lo harían pero.... -y al llegar aquí volvió a reírse- no sé lo que daría por saber qué es lo que había detrás de todo eso.

Su curiosidad se hubiera visto satisfecha si hubiese visto a Dan Grady, desacreditado conspirador del regimiento, tratando de explicar a sus sedientos camaradas de India por qué no llegaban los fondos de Nueva York.